



José Luis Álvarez

Empresarios y políticos

La reciente reunión de empresarios y políticos de Sitges se ha saldado con cierta sensación de inanidad, de oportunidad desaprovechada, dado el contexto de crisis y, por tanto, un paso más en el desapego mutuo. Lástima, porque empresarios y políticos tienen oficios convergentes.

Es célebre la definición de Montaigne de la política como el negocio de los hombres. En contraste, la empresa sería el negocio de las cosas. Para el intercambio de cosas, los empresarios necesitan como medio de acción la organización de personas. Para la orquestación de las personas, los políticos usan como instrumento principal el intercambio de recursos. Para unos, los medios de la acción son el fin de esta para los otros, y viceversa. Este cruce de fines y medios debería ser base suficiente para un mejor entendimiento mutuo y facilitar al menos un mínimo de circulación de personas entre ambas ocupaciones, que comparten además muchos rasgos psicológicos en sus individuos exitosos: asertividad y energía, optimismo, orientación al logro y poca vulnerabilidad o neurosis.

Sin embargo, el intercambio mutuo de talentos se está mostrando difícil, especialmente en la dirección de empresarios o altos ejecutivos a políticos. Ejemplo de estas dificultades fue en su día Segurado, quien, como algunos propietarios, pudo estar demasiado acostumbrado a no reprimir voluntades y estilo autoritario, quizás aceptable en la empresa, y aun así cada vez menos, pero ya no en política. El político sabe que ha de ser muy cuidadoso con lo que dice, no sea que se entienda su verdadera intención y que, además, es parte del oficio sufrir las pullas y críticas de los electores sin por ello perder autoestima o compostura. Los altos ejecutivos han aprendido menos que los políticos a reprimir sus egos, lección que hubiera aprovechado Manuel Pizarro: quizás eufórico por sus victorias empresariales, no entendió que la humildad es condición del político, ya que está, o debería estar, condenado a ganarse continuamente el plácet de los electores. Aunque un ego fuerte es requisito del buen político, también lo

es reprimir su exhibición. Y mientras la autosuficiencia económica de los empresarios da independencia y coraje político, también puede comportar excesiva excentricidad. Está, por supuesto, el contraejemplo de Berlusconi, pero este entiende lo que de espectáculo tiene la política. Su problema no es que cante en los mítines, es su monopolio de los medios y sus em-

bién son distintas las bases de poder, más personales, cercanas e íntimas para los ejecutivos, más institucionales y amplias para los políticos, quienes, como decía Mazarino, han de tratar a los amigos como si fueran potenciales enemigos y, en el mejor de los casos, como potenciales fuentes de situaciones embarazosas: como sabemos, pueden pedir contactos para actividades non sanctas. Existe finalmente una diferencia cognitiva: las actividades empresariales son normalmente muy concretas, mientras que el político necesita una capacidad mayor de abstracción, menor en cualquier caso que la del académico. El político es un generalista práctico, mientras que el ejecutivo, a pesar del mito suficientemente falseado de que un buen directivo es capaz de ejercer en contextos diferenciados, es un especialista en configuraciones sociales específicas: sector, empresa, especialidad.

Ha sido más exitosa la transición de la política a la empresa, como con Roca, en una firma de servicios profesionales; desde hace muchos años Martín Villa, y Serra, Piqué, Imaz, entre otros, en grandes empresas. Estas, tanto en su organigrama como en sus relaciones institucionales, son una ecología receptiva a dirigentes con experiencia política, que pueden ser de gran ayuda, tanto analítica, como socialmente, gracias a la red de contactos acumulada, como Aznar o Blair.

La importancia creciente de la reputación corporativa, que se juega en los medios de comunicación, y la reforma del gobierno corporativo, con los accionistas ejerciendo cada vez más sus derechos vía votos, incrementan el contenido político del trabajo del alto directivo y hacen más factible el tránsito de la política a la empresa.

Existe no obstante una faceta en que los empresarios van muy por delante de los políticos, y quedó reflejado en Sitges: la internacionalización. La gran mayoría de los políticos siguen siendo muy locales en desarrollo de oficio y miras, lo que es en especial llamativo en días que están demostrando que el locus de la acción política más decisiva ya no está ni en Catalunya ni en España. Y es especialmente curioso cuando hay grandes ejemplos de carreras políticas internacionales, como Solana, Almunia o Rato. Mientras estos sigan siendo una excepción, las élites más avanzadas seguirán siendo las empresariales. ●



AVALONE

brolos judiciales. Los buenos profesores enseñan deleitando. En política también hay que deleitar. Como no es el caso de las empresas, los ejecutivos no están acostumbrados a ello cuando es necesario.

Otras orientaciones que separan a empresarios de políticos son el horizonte temporal de rendición de cuentas, regular y a corto plazo el empresarial, más alejado y manipulable el político, además de elástico: una semana en política es más larga que una semana en una empresa. Tam-